

**Gérard GAYOT, *Les draps de Sedan 1646-1870*, Éditions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, París, 1998, 579 pp.**

Desde fines del siglo XVII hasta el primer tercio del siglo XIX, los paños de Sedán —elaborados con las mejores lanas de Castilla— se situaron en las cotas de máxima excelencia en Europa. En las primeras décadas del ochocientos, esta manufactura empezó a mecanizarse. No por casualidad, la calidad del paño y la modernidad de la técnica en algunas fases fueron el referente de los inicios de la industrialización pañera en Cataluña, donde las primeras fábricas modernas fueron alternativamente adjetivadas «*de hilados a la francesa*» o «*de paños al estilo de Sedán*». En 1870, cuando este topónimo adquirió una connotación ominosa para los franceses, otra derrota industrial había acaecido en las Ardenas: superada por otros centros laneros franceses (Roubaix, Reims, Elbeuf...), Sedán languidecía. Este libro, fruto de una larga investigación culminada en una tesis doctoral, se centra fundamentalmente en la explicación del éxito sedanés, mientras que el análisis del fracaso cuenta con menos espacio y esfuerzo.

Tras su incorporación a Francia (1642), Mazarino eligió esta ciudad-fortaleza de mayoría protestante, con poca tradición pañera pero cercana cultural y geográficamente a los centros adelantados, para impulsar la fabricación de paños de calidad superior. Una fábrica recibió el privilegio exclusivo —durante veinte años— para imitar los paños de Leiden. Otros lugares, Elbeuf y Abbeville (fábrica de Van Robais), fueron igualmente armados por el Colbertismo para combatir en el frente textil lanero de la llamada guerra del dinero. Dos instrumentos básicos contribuyeron a fomentar la pañería local: los privilegios para las fábricas y las exenciones aduaneras resultantes de hallarse fuera del ámbito de las «Cinq Fermes». La villa francesa se sumaba así a las ciudades que articulaban la nebulosa pañera de la cuenca del Mosa: Sedán, Verviers, Eupen, Monschau, Burtscheid, Aquisgrán y, finalmente, Leiden.

Estado, administración local y empresarios privados integraron el juego de complicidades del Colbertismo. Contradictorio con este proyecto, el antiprotestantismo —que llevó a la revocación del Edicto de Nantes (1685)— debilitó el desarrollo inicial de la manufactura a causa de la emigración de capital y de cualificaciones hacia los centros competidores extranjeros. Sin embargo, una minoría de empresarios protestantes permaneció en Sedán y se dedicó con afán a la empresa, su único territorio libre. Hubo que esperar, pues, al siglo XVIII para que la pañería sedanesa experimentara un notable crecimiento cuantitativo —con dos ondas expansivas en 1715-1750 y 1760-1789— y cualitativo.

Gayot sostiene en dos pilares el estudio de la manufactura protoindustrial. El primero, una vez descrito el proceso productivo con una documentación privilegiada, es la organización industrial, a la que dedica varios capítulos. La manufactura se articulaba en protofábricas —de preparación y sobre todo de acabado— en la ciudad, donde también se

localizaba el tisaje doméstico de más calidad, y en la hilatura y tisaje rurales, con radios respectivos de 40 y 10 kilómetros, que traspasaban la frontera francesa en la hilatura. El análisis reafirma algunos paradigmas clásicos de la protoindustrialización: la manufactura se localizaba en los pueblos con menor aptitud agrícola e imprimía un nuevo y mayor dinamismo demográfico al favorecer el adelanto de la edad de matrimonio entre sus trabajadores rurales.

Especial atención se dedica al control del proceso de trabajo por parte de los tundidores, durante la primera mitad del setecientos. Esta mano de obra cualificada desempeñaba su actividad en las protofábricas, a diferencia de los tejedores dispersos y no agremiados, y disponía de ordenanzas muy favorables desde 1698. Desde entonces restringieron severamente el acceso al oficio, limitando el número de aprendices, y se negaron a efectuar otras tareas —no propias del oficio— que mermaban su retribución, basada tanto en el tiempo trabajado como en la extensión del tejido tundido. A la transgresión de estas bases respondían con huelgas, exacciones e insultos. Hasta 1750, no consiguieron los fabricantes, impulsados por su minoría protestante y ayudados por la fuerza del Estado, someter a los tundidores. Después de 1750, en un contexto nacional de revisión de ciertos aspectos del colbertismo, los fabricantes también osaron modificar otros reglamentos que afectaban a los productos.

El empresariado constituye el segundo pilar del análisis de la protoindustria. Para estudiar la evolución de sus efectivos, el autor opta por un periodo que va de 1708 a 1872. Constata la mayor solidez y permanencia de los empresarios protestantes que, a pesar de su corto número, controlaban el 40 por 100 de la producción. Sin embargo, no explica la reducción a casi la mitad del número de empresarios entre 1708 y 1750-1774 y su alcance en la estructura productiva. Por otra parte, la inclusión del empresariado de la industrialización, sin haber explicado todavía este proceso, resulta poco congruente y —más allá de la descripción— escasamente clarificadora. Luego se detalla el papel decisivo de las grandes empresas, y entre ellas las privilegiadas, en el desarrollo del producto, en el cambio en la organización de los procesos y en el establecimiento de sistemas de comercialización (casas de comercio en París, viajeros...). Mientras que algunos aspectos genealógicos o culturales de los empresarios aparecen muy detallados, otros aspectos se sitúan en planos subordinados. Así, aunque se revelan algunos aspectos interesantes de la comercialización, como la importancia de la demanda del Estado y la preferencia por el mercado interior, se echa en falta un enfoque más cuantitativo, con mayor peso de las fuentes primarias no sólo del lado de la manufactura sino también del lado del comercio. No obstante, deben considerarse las limitaciones documentales derivadas de la destrucción de los archivos notariales sedaneses en 1940.

Hacia el final del libro se aborda la industrialización y el fracaso de Sedán. Los grandes fabricantes (Poupart de Neuflyze, Ternaux...) fueron los protagonistas de la primera mecanización durante el I Imperio y la Restauración. Aquí, sin embargo, el análisis de Gayot es más apresurado e insatisfactorio. La precisión de la tecnología, con un análisis comparativo muy limitado y un seguimiento acrítico de las fuentes, es deficiente: se confunden las jennies con las mules, no se menciona la difusión de la lanzadera volante... Asimismo, no acaba de explicarnos porque crecen tanto —con fábricas en otros distritos

industriales (Louviers, Elbeuf, Reims)— las empresas de Poupart de Neuflize y de Ternaux, sobre todo si se sostiene que su hundimiento entre 1826 y 1833 debe atribuirse a una dimensión excesiva o a un crecimiento apresurado y poco sólido

Se describe, aunque sin una explicación convincente, el cambio de la estructura productiva de la industrialización: el aumento espectacular del número de empresas, el fraccionamiento del ciclo productivo, la pérdida de control de la comercialización... Además, algunos de estos procesos —el fraccionamiento del ciclo productivo en particular— se convierten en argumentos para explicar el estancamiento de Sedán, aunque procesos similares ocurren en Elbeuf donde hubo una más que notable expansión de la industria. Más importante es su incapacidad para cambiar de producto, para pasar del paño liso al tejido de novedad, inventado precisamente en Sedán, aunque nuevamente las razones aducidas (orgullo del antiguo privilegio manufacturero, eclosión de la notabilidad, vanidad de la calidad del paño) nos parecen demasiado subjetivas. Eso sí, otros factores de mayor alcance —el precio más elevado del carbón, la tardía llegada del ferrocarril y la lejanía de París— jugaron también en su contra en relación a otros centros laneros del norte de Francia.

En resumen, este enfoque local, bien acompañado en general de una perspectiva comparada con los otros centros franceses o con los de regiones europeas vecinas, nos ofrece una brillante visión de la protoindustria en la que se combinan —en la línea de la tradición académica francesa— el recurso a numerosas fuentes y el afán por una expresión literaria. De esta obra merecen destacarse los análisis dedicados a la articulación de campo y ciudad en un territorio manufacturero, a la organización industrial, a la formación de la clase empresarial, con especial atención a las diferencias entre católicos y protestantes, y al alcance y a las complicidades del colbertismo en un marco local. Otros aspectos, si hay fuentes disponibles, deberán profundizarse con investigaciones futuras: el análisis más dinámico de la producción y de sus costes, una aproximación más cuantitativa a la comercialización y, finalmente, el fracaso de Sedán en la industrialización.

JOSEP M. BENAUL